

Las Relaciones Internacionales como ocupación académica

Mi punto de partida es muy simple: hay ciertas personas que trabajan en las universidades y que describen su quehacer como perteneciente a las Relaciones Internacionales¹. ¿Qué es lo que hacen y qué es lo que deberían hacer? Especialmente:

1) ¿Cuál es y cuál debería ser la materia que concierne a los estudios de Relaciones Internacionales?

2) ¿Qué vías y qué métodos serían provechosos para estudiar esas materias y cuáles deberían preferir los estudiosos de Relaciones Internacionales?

3) ¿Cuáles serían las pautas que un especialista en Relaciones Internacionales debería seguir para ejercer su actividad en la universidad y en la sociedad en su conjunto?

Mis respuestas a estas grandes preguntas deberán ser breves, y adoptar la forma de afirmaciones y no de demostraciones. Mi propósito es simplemente proporcionar un punto de vista general, frente al cual otros podrán tomar sus posiciones.

Los manifiestos académicos de esta clase intentan siempre nacionalizar y justificar los prejuicios de la persona que los formula, no de hablar de su moral ni de su posición política ni de su estilo privado de vida. Nos sentimos inclinados a pensar que lo que el sujeto, la universidad o el mundo más necesitan es justamente aquello que podemos contribuir. Reconozco la verdad de esa generalización, y esto no constituye una excepción.

EL TEMA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Parecería que lo que debería interesar a los especialistas en Relaciones Internacionales son las relaciones entre naciones. Sin embargo no es así. En primer lugar, el enfoque tradicional de la disciplina es la relación entre estados, no entre naciones. Es verdad que en la

¹Este texto fue leído en un seminario del Department of International Relations de la Australian National University.

actualidad la doctrina oficial de la mayor parte de los estados consiste en que son naciones-estados, y de hecho, muchos de ellos lo son. Pero el estudio de las Relaciones Internacionales incluye las relaciones de estados multinacionales, de estados dinásticos, y hasta de ciudades-estados. Sin embargo, aun refiriéndonos exclusivamente a las naciones-estados, —en el sentido de gobiernos y en el de entidades legalmente llamadas estados— las relaciones mutuas constituyen un problema diferente del que proviene de las relaciones entre las naciones o los pueblos.

En segundo lugar, las Relaciones Internacionales tal como ahora se estudian en las universidades se concentran no en todas las relaciones entre estados sino específicamente en sus relaciones políticas, como se verifica en la estrategia y en la diplomacia. Por esta razón esta materia es a menudo llamada Política Internacional, como sucede en la Woodrow Wilson Chair of International Politics de la Universidad de Gales, una de las cátedras más antiguas en este campo. Es muy conveniente el conocimiento de las leyes y de la economía internacional como parte del bagaje de un estudiante de Relaciones Internacionales, pero el centro real de interés debe ser la política internacional.

En tercer lugar, este enfoque no se encuentra en las relaciones políticas entre estados en todos los períodos por igual, sino especialmente en la fase contemporánea, aunque no estamos preocupados con asuntos internacionales “actuales” considerados día a día o semana a semana —y a ello me referiré más adelante—. Por otra parte, el estudio teórico o sistemático de las Relaciones Internacionales requiere un conocimiento del acontecer histórico de las relaciones entre estados antiguos tanto como de los contemporáneos, pues son tan esclarecedores los unos como los otros. He tomado personalmente parte en un estudio comparado entre sistemas internacionales contemporáneos y “sistemas internacionales” tan pretéritos que incluían los hititas, el período chino de estados guerreros, la Grecia clásica, el mundo helénico post-alejandrino y el medioevo. Pero los trabajos de este género bucean en el pasado para arrojar luz sobre la política interestatal contemporánea. Un estudio de la Paz de Utrecht o de la actitud de Bismarck en la Cuestión Oriental, si se hace con sentido histórico, pertenece en realidad al Departamento de Historia Internacional.²

Los investigadores de Relaciones Internacionales, por lo tanto, centran su atención en la *política contemporánea interestatal*, y ésta,

²Mi favorita e infructuosa dedicación al Ph.D. Scholarship en el International Relations Department de la Universidad Nacional Australiana procede de un candidato que deseaba estudiar los “Aspectos de la Historia del Ceremonial Diplomático Marítimo”.

naturalmente, no puede ser estudiada si se la aísla de una cantidad de tópicos con los que está estrechamente vinculada: la historia anterior de la política interestatal, la política interna de los estados, las relaciones legales, económicas y sociales mutuas, etc. Pero la política contemporánea interestatal constituye el principal centro de interés, del que todos los demás sólo son parte o subordinados. Pero cuando los estudiantes de Relaciones Internacionales enfocan su atención en la política contemporánea interestatal, ¿estarán realmente en lo cierto? Se presentan dos alternativas. Una es que las Relaciones Internacionales deben polarizarse, como aconteció en la década de 1920 y principios de la del 30, no en el entendimiento y en la interpretación de las relaciones políticas entre estados sino en la propagación o dirección del "mejoramiento" internacional. Esto implicaría el cambio que muchos apoyan de "Relaciones Internacionales" a "Investigaciones sobre la Paz". La otra alternativa estaría motivada por el papel que actualmente desempeñan en el mundo político los actores no estatales de organizaciones intergubernamentales, movimientos transnacionales, grupos subnacionales, etc., que deberían hacer comprender que el centro de la cuestión va más allá que la estricta política interestatal, que en justicia debería llamarse Política Mundial y no Relaciones Internacionales.

En otro ensayo sobre el desarrollo de los estudios universitarios de las Relaciones Internacionales desde sus principios hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, distinguí tres sucesivas etapas de actividad: la "idealista" o de los escritos progresistas de la década del 20 y principios de la del 30; la "realista" o de las teorías cíclicas de fines de la del 30 y de la del 40; y la de las "teorías científico-sociales" de fines de la del 50 y de la del 60³. El actual énfasis por el conocimiento y explicación de las relaciones políticas entre las potencias es un legado de la enseñanza "realista" de E. H. Carr, Reinhold Niebuhr, Hans Morgenthau y Georg Schwarzenberger y no ha sido objetado por las doctrinas de los autores "científico-sociales", cuyo principal interés ha sido cambiar la metodología y no el de dirigirlo hacia un tema diferente.

Pero los profesores de Relaciones Internacionales "idealistas" de la década de 1920 y principios de la del 30, como Sir Alfred Zimmern, Philip Noel-Baker y James T. Shotwell, estiman que su principal tarea no es la explicación de la política internacional sino la estructuración de una comunidad internacional.

La característica distintiva de estos autores fue su confianza en el progreso: la creencia, en particular, de que el sistema de

³The Theory of International Politics 1919-1969, Brian Porter, ed. The Aberystwyth Papers, Oxford University Press, 1972.

las relaciones internacionales que habían desembocado en la Primera Guerra Mundial, era susceptible de ser transformado en un orden mundial fundamentalmente más justo y más pacífico, que ante el impacto del despertar de la democracia, del desenvolvimiento del pensamiento internacional, del desarrollo de la Liga de las Naciones, de las buenas obras de los hombres de paz, y del esclarecimiento difundido por sus mismas enseñanzas, iba realmente a cambiar, y que su responsabilidad como estudiosos de relaciones internacionales era contribuir a la marcha del progreso para sojuzgar la ignorancia, los prejuicios, la mala voluntad y los mezquinos intereses que aún permanecían en su camino.⁴

Las actuales demandas en favor de un cambio de las Relaciones Internacionales hacia "Estudios para la Paz" o en "Investigaciones sobre la Paz" implican una vuelta hacia los puntos de vista de los idealistas de la década del 20. Por sus perspectivas y aspiraciones y por su deseo de subordinar la investigación universitaria a la ejecución de los fines prácticos, los representantes de las "Investigaciones sobre la Paz" pueden ser comparados a los "idealistas": la diferencia reside en que mientras estos últimos ponen su confianza en la regeneración moral (expresada en la nueva influencia de la opinión pública y de las instituciones internacionales) según se desprende del milenio que acaba de concluir, los primeros se sienten inclinados a creer en la investigación científica.

Se han realizado, efectivamente, excelentes trabajos bajo la bandera de la "Investigación sobre la Paz" por personas que militan en ese movimiento⁵. Lo importante no es sin embargo que éste incluya una parte escogida de la población o que obtenga buenos resultados, sino que sus peculiares puntos de vista en el campo de las Relaciones Internacionales sean capaces de desplazar a los actuales.

Semejante a otras demandas en favor de la orientación "activista" de los estudios políticos universitarios —uno de los cuales fue el de Caucus para una Nueva Ciencia Política en la American Political Science Association— el movimiento de las Investigaciones sobre la Paz refleja la imagen de ciertas tendencias dentro del establecimiento universitario de las Relaciones Internacionales, vulnerables a los mismos ataques que me gustaría dirigirles. No es preciso ir muy lejos

⁴*Ibid.*, p. 34.

⁵Los artículos de Johan Galtung en *The Journal Peace Research*. El escrito en colaboración con Mari Ruge sobre diplomacia es lo mejor que se haya publicado sobre el tema desde que apareció *Diplomacy* de Sir Harold Nicolson en 1939. Ver Johan Galtung y Mari Ruge, "Patterns of Diplomacy", *Journal of Peace Research*, vol. 2, 1965.

en los estudios americanos de Relaciones Internacionales para encontrar casos en que el trabajo del estudioso haya sido considerado como una exageración de algún valor —“seguridad nacional”, “desarrollo”, “estabilidad”— que se da por supuesto. La corriente general del radicalismo académico de Occidente ha obtenido el gran resultado de forzar una definición y reconsideración de las agobiadoras premisas y la restauración del debate sobre normas, reglas y valores morales como punto central de estudio de las Relaciones Internacionales que siempre había ocupado. Pero no es aventurado predecir que el próximo paso será instaurar la promoción activa de varias políticas disfrazadas con el nombre de “paz” como normal preocupación de la profesión universitaria de las Relaciones Internacionales.

La otra alternativa por considerar es que el actual campo de la política interestatal es demasiado estrecho. El concepto de que el sistema de estados ha sido sustituido, o lo está siendo, por un sistema político mundial en el que los estados soberanos no son los únicos protagonistas —y tal vez ni siquiera los más importantes— hace ya tiempo que ha sido manifestado por muchos estudiosos de las leyes y política internacionales. Recientemente se ha dado una convincente aunque modesta explicación, en una edición especial de *International Organization*⁶. La tesis de los editores, Robert Keohane y Joseph Nye, es que el estudio convencional de las Relaciones Internacionales se ha localizado en el nudo de un “paradigma de estado central”, que fracasa cuando pretende considerar las relaciones transnacionales en el sentido de relaciones entre sociedades (manifestadas por ejemplo en las corporaciones multinacionales o en los movimientos revolucionarios globales); las relaciones directas entre una sociedad y un gobierno extranjero (por ejemplo la interacción entre la opinión pública de varios países y las Naciones Unidas). No es que ellos nieguen que los estados continúen siendo los principales actores del mundo político, ni que traten de insinuar que los expositores del “paradigma de estado central” ignoren la existencia de relaciones transnacionales (puesto que Raymond Aron inventó el término esto sería difícil). Pero ellos expresan que la opinión tradicional ha tratado las relaciones transnacionales simplemente como una parte de la base del contexto de las Relaciones Internacionales, y que debe ser ahora puesto en primer término junto con la política interestatal propiamente dicha.

Con ciertas limitaciones simpatizo con esta opinión, y pienso que en definitiva Política Mundial sería una denominación más apropiada que Relaciones Internacionales. Rechazaría, sin embargo, una serie de proposiciones que se han presentado como exponentes de

⁶Ver *Transnational Relations and World Politics*, editado por Robert O. Keohane y Joseph Nye Jr., *International Organization*, vol. XXV, Nº 3, Summer 1971.

puntos de vista de una "Política Mundial": por ejemplo que las relaciones transnacionales sean algo nuevo; que los informes de las Relaciones Internacionales las hayan ignorado; que el desarrollo de las relaciones transnacionales haya sido limitado a expensas de las relaciones interestatales; que si esto sucediera estaría limitado a un mundo en orden y en paz; que el incremento de las relaciones transnacionales establece la perspectiva moral y política de "Un Solo Mundo" o "Tierra Espacial" que invalidaría las normas clásicas de soberanía, independencia, igualdad, no-intervención, sobre las que se fundó la armonía entre los estados en el pasado.

Acepto, sin embargo, el argumento de que existe actualmente un sistema político global del que el "sistema internacional" o sistema de estados es sólo parte —aun si fuera la más importante— y que muchos resultados de ese sistema político global (las relaciones entre Los Que Todo Tienen y Los Que Nada Tienen; entre dominación y subordinación; entre donantes y receptores de asistencia, y de la voluntad de bregar por el orden y la justicia) no pueden satisfacer un esquema que confine la atención dentro de los límites de las relaciones de los estados soberanos⁷. Para poder manejarlos adecuadamente necesitamos considerarlos junto con los estados no sólo con las organizaciones globales y regionales sino con las organizaciones internacionales no gubernamentales, con las agrupaciones transnacionales y subnacionales, con los entes humanos individuales y con esa *magna communitas humani generis* que *in posse* si no *in esse* se ha anticipado histórica y lógicamente en los escritos de los fundadores de la ley internacional a la idea de una sociedad de príncipes o de estados.

ACCESOS A LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Si bien las Relaciones Internacionales tienen un tema característico, éste no constituye en realidad un tema. No se puede decir, como en matemáticas, historia, filosofía o economía, que posea no sólo un campo distintivo de investigación sino métodos y técnicas propias. Como todos los estudios políticos en general, de los que las Relaciones Internacionales o la Política Mundial forma parte, son escenario de luchas entre métodos y técnicas.

⁷Ya me he referido a esto en "Order vs. Justice in International Society", *Political Studies*, vol. XIX, Nº 3, septiembre de 1971.

a) *Lo histórico versus la vía sistemática*

Nunca la diferencia entre la tradición académica inglesa y americana ha sido tan llamativa como en las actitudes que sostienen si la investigación debe adoptar una forma histórica o de teoría sistemática. En el mundo universitario británico la idea de que las Relaciones Internacionales podrían ser el tema de un estudio que no fuera histórico (pese a recientes cambios), sería sumamente extraño e improbable. En el mundo universitario americano, en cambio, donde la Ciencia Política goza de mayor prestigio, y donde las Relaciones Internacionales tienen mayor participación en la enseñanza de las Ciencias Políticas, los estudios históricos son desestimados y hasta excluidos de los planes de enseñanza. Creo que es uno de los pocos casos en que ambas partes presenten argumentos dignos de ser considerados, y que finalmente la vía a seguir repose entre ambas. Una buena historia de las Relaciones Internacionales posee un bagaje informativo de consideraciones teóricas y un buen estudio teórico va unido al bagaje histórico: los dos son esenciales.

El estudio histórico es capital por cuatro razones:

Primero, porque la historia es el vehículo que permite adquirir la sensibilidad o comprensión de los actores singulares (singulares, no particulares) que dominan el Mundo Político. Los Estados Unidos son los Estados Unidos: considerarlos como un caso especial dentro de la categoría de las grandes potencias, o de las potencias nucleares, o de los países multirraciales, o de los países de inmigración, es algo, pero no todo. Para comprender cómo actúa necesitamos poseer el sentido de su singularidad, y la mejor manera de adquirirlo es el conocimiento histórico⁸. No acepto la ecuación de Martín Wight: Política : Política Internacional :: Teoría Política : Interpretación Histórica⁹. Pero acepto que el conocimiento de la historia ocupa un lugar mucho más vital en el estudio de la política internacional que en el de las otras ramas de la política.

En segundo lugar, la política internacional debe ser entendida como una secuencia de acontecimientos temporales y no como un determinado momento en el tiempo. Las vías teóricas emplean un lenguaje intemporal de definiciones y axiomas, extrapolaciones lógicas

⁸Este pasaje causará consternación entre los adeptos a la lógica del difunto profesor John Anderson. Lo explicaremos mostrando ejemplos de casos más amplios, por ejemplo, negando su singularidad. Afirmar la singularidad de los Estados Unidos es negar la posibilidad de poderlos interpretar en su totalidad. Hago notar aquí simplemente esta paradoja, sin pretender darle una solución.

⁹Ver Martín Wight: "Why is There No International Theory?", en H. Butterfield and M. Wight, ed.: *Diplomatic Investigations*, Londres, 1967, p. 33.

y afirmaciones de conexiones de causalidad o de leyes generales, y no transmiten un sentido de tiempo y de cambio.

En tercer lugar el estudio histórico es pedagógicamente indispensable porque la literatura histórica sobre Relaciones Internacionales constituye una educación en sí misma, cosa que no ocurre con la literatura teórica. La historia internacional proporciona los fundamentos necesarios a los estudios universitarios de las Relaciones Internacionales y los elementos esenciales para los programas de estudiantes no graduados. Las vías teóricas sólo pueden ser un suplemento de los estudios históricos donde, como ha sucedido en varias universidades americanas, han constituido un sustituto, y se han enseñado los elementos de la especulación teórica, los sistemas internacionales teóricos y una simulación de análisis en lugar de la exposición histórica del tema, con resultados descorazonadores para quienes se preocupan por la educación.

En cuarto lugar, el estudio histórico es el compañero inseparable del estudio teórico, no sólo porque proporciona los casos en que las generalizaciones empíricas deben ser probadas, sino porque la propia teoría tiene una historia, y la comprensión de la posición teórica histórica es esencial tanto para censurar como para realizar el propio juicio crítico. El desprecio por el trabajo puramente histórico que frecuentemente se manifiesta entre los estudiantes teóricos de Relaciones Internacionales, deriva del falso concepto de que la historia es una simple compilación de "datos" o "informaciones", en contraste con la tarea mucho más compleja inherente a la política científica del "procesamiento" de datos. El trabajo teórico, que a semejanza de muchos estudios comparados actualmente en boga sobre sistemas internacionales, alianzas o "protección a la comunidad", incluye el estudio de los resultados de la investigación histórica, además del procesamiento de muchos datos, provoca en ellos violenta oposición. Cualquier estudio histórico, aun el exclusivamente narrativo, tiene su propia estructura intelectual, hipótesis y argumentación, y la acumulación de conclusiones de dos o más estudios históricos no constituye una mera reunión de "datos" sino que revela la estructura intelectual de cada estudio y proporciona la posibilidad de combinarlos.

Pero debe rechazarse el criterio de que las Relaciones Internacionales pueden o deben ser estudiadas sólo desde el punto de vista histórico (o lo que viene a ser lo mismo, que las Relaciones Internacionales sólo difieren de la Historia Internacional como la historia contemporánea del pasado lejano). Nadie afirmaría que la economía política no se distingue de la historia económica, la sociología de la historia de la sociedad o la criminología de la historia del crimen. El hecho es que las exposiciones teóricas sobre Relaciones Internacionales han sido siempre hechas, explícita o implícitamente, por histo-

riadores y por quienes toman parte en la diaria discusión de los asuntos internacionales. La tarea específica de la investigación teórica en Relaciones Internacionales es identificar esos supuestos generales, investigarlos y formularlos.

Por teoría de Relaciones Internacionales debemos entender el conjunto de proposiciones generales que deben ser enunciadas acerca de las relaciones políticas entre estados, o más comúnmente sobre política mundial. Incluye tanto lo que llamo teoría "crítica" o especulativa, como la teoría "constructiva" destinada a proporcionar un informe general unificado de todo fenómeno político mundial (este último generalmente conocido con el nombre de "teoría de la política internacional", que surgió en Estados Unidos a mediados de la década del 50, aunque dejando bien establecido que la importancia de la primera es mucho mayor que la de la segunda). Incluye proposiciones normativas, que fijan tanto las condiciones morales, legales o "racionales" que han de apoyar la política mundial, como las proposiciones objetivas que definen o explican su índole actual. Incluye amplias teorías destinadas a describir o prescribir para la política mundial considerada como un todo, y teorías parciales que se refieren a cada uno de los elementos que la componen, como guerra o paz, estrategia o diplomacia. Incluye teorías sobre la sociedad internacional y sobre el sistema internacional que tratan sobre la interrelación de varias unidades —estados, naciones, organizaciones internacionales, etc.— que integran la política mundial, tanto como teorías sobre las propias unidades. Incluye teorías que en su explícita aspiración o intención no intentan impartir ninguna dirección a la política ni ninguna solución a los problemas de naturaleza práctica, así como las teorías que son reconocidamente de "política orientada" o "praxeológica". Incluye teorías de los "clásicos" moldes de las investigaciones históricas, filosóficas y legales tanto como teorías que aspiran a ser "científicas".

b) *La vía "clásica" versus la vía "científica"*

Hace algunos años publiqué una defensa de la vía "clásica" en contra de la vía "científica" en el acceso a la teoría de las Relaciones Internacionales¹⁰. Definía el acceso "clásico", al que también a veces se ha llamado "tradicional", como "el acceso teorizante que deriva de la filosofía, la historia y el derecho, y que se caracteriza por su manifiesta confianza en el ejercicio de la razón y en la suposición de

¹⁰"International Theory: The Case for a Classical Approach", *World Politics*, vol. XVIII, Nº 3, abril de 1966 (reeditado por Klaus Knorr y James N. Rosenau, *Contending Approaches to International Politics*, Princeton, 1969).

que si nos ceñimos a las normas estrictas de prueba y verificación, poco queda por decir sobre relaciones internacionales..."¹¹

Este artículo era un ataque no a la ciencia sino al cientificismo en Relaciones Internacionales, término que ya antes usé con la caballerescas intención de no caer en un círculo vicioso de discusiones que hubiera provocado de recurrir a un término denigrante. El artículo estaba especialmente dedicado a los opositores que militaban en el movimiento "científico", a fin de persuadirlos a que lo tomaran con mayor seriedad y a que lo combatieran con el "criticismo racional" y no con una fácil banalidad. Pensaba sobre todo en el maltrato que habían sufrido esos autores por parte de los críticos universitarios británicos. Deseo poner en claro que la teoría de las Relaciones Internacionales intenta ser científica "en el sentido de ser un cuerpo coherente, preciso y ordenado de conocimientos y en el de que pueda armonizar con los fundamentos de la ciencia moderna"¹². Esto último apunta contra el providencialismo cristiano que aún influye en el pensamiento de algunos autores de la corriente "clásica". También deseo dejar bien establecido que es a algunos de esos teóricos, cuyo trabajo he considerado "científico", a quienes se les debe el aporte más importante al estudio de las Relaciones Internacionales. Son, por ejemplo, dignos de elogio Morton Kaplan y Karl Deutsch, y en lo que concierne a Thomas Schelling, es uno de los pensadores más grandes de nuestra era, una de las pocas figuras que siendo las Relaciones Internacionales su materia específica de estudio, han logrado que sus ideas trasciendan su ámbito y lleguen a formar parte de la cultura general de la época. Pero mi tesis es que los "científicos" que han hecho contribuciones de significación, lo deben justamente a la falta de adhesión a sus principios metodológicos y a su vuelta al estilo "clásico" de argumentación.

El movimiento "científico" a eso se dirige, pero excluyendo como mera "conjetura intuitiva" o "literatura erudita" todo lo que no pueda ser probado por la lógica o la matemática o por una estricta verificación empírica o experimental. Describe un recorrido de puritanismo intelectual que en caso de que los teóricos "científicos" lo adoptaran con rigidez —cosa que afirmo no hacen—, los reduciría a trabajar con las notas marginales o triviales que pueden ser estudiadas por ese medio. Por eso tenemos modelos formales de mundos posibles en los que los teoremas han derivado lógicamente de los axiomas, cuya correspondencia o no correspondencia con el mundo real sólo puede ser establecida según la clase de criterio "clásico" que se aplique al mundo empírico, y del que el teórico "científico" ha hecho

¹¹*Ibíd.*, p. 20.

¹²*Ibíd.*, p. 20.

voto de abstención. De la misma manera pueden hacerse generalizaciones empíricas susceptibles de ser estrictamente comprobadas—sobre respuestas a encuestas, estadísticas comerciales, gastos para armamentos, correos internacionales— pero las etapas desde ese momento hasta la expresión de algo importante sobre Relaciones Internacionales (por ejemplo desde las respuestas a las encuestas hasta los informes sobre la opinión pública; desde las estadísticas comerciales hasta las manifestaciones sobre la comunidad política internacional; desde los análisis del método del Oráculo de Delfos hasta la opinión de los expertos sobre el futuro y las predicciones) sólo pueden ser cumplidas por medio de una caída voluntaria en el más puro estilo “clásico”. En realidad, un estudio a fondo de la estructura lógica de la obra de Kaplan, de Deutsch o de Schelling, revela que en cada caso nos enfrentamos no sólo con una caída ocasional sino con una inclinación inveterada.

Ceo que el movimiento científico ha extraviado su camino, y creo también, contrariamente a lo que suponen muchos graduados temerosos del porvenir y que a menudo se acomodan a lo que toman como un vaivén del futuro y se contentan con una apariencia de teoría de simulación o de análisis, que esto está en vías de desaparecer. Pero sostengo también, que aun finalizado el debate entre los accesos “clásico” y “científico” y que los investigadores hayan retornado a sus preocupaciones específicas, que son más bien cuestiones de sustancia que de metodología, el tema habrá sido, y para siempre, alterado. La embestida científica ha producido, aun entre los más adictos a la vía “clásica” una nueva conciencia y una nueva sensibilidad sobre la metodología de sus propias proposiciones, que no se había presentado antes y que no desaparecerá con facilidad. A este respecto el impacto del movimiento “científico” en el estudio de las Relaciones Internacionales puede ser comparado al movimiento “lingüístico” en el estudio de la filosofía. Ese movimiento mientras balanceó esa disciplina entre los pueblos de habla inglesa, durante una década más o menos, no llegó en definitiva a convencer a los filósofos al criterio de que los problemas de la filosofía, por los que grandes pensadores bregaron a lo largo de doscientos años, fueron otra cosa que triviales rompecabezas o dislates. Pero aunque la filosofía ha vuelto a su cauce tradicional, ya nunca volverá a ser lo que fue. En la misma forma el movimiento “científico” que comenzó con Kaplan y Deutsch en la década del 50, o como podría argüirse, con Quincy Wright y Lewis R. Richardson en la del 30, habrá obtenido varios resultados permanentes.

c) *Los "Estudios Nacionales" versus el "Sistema Internacional"*

Es obvio que las Relaciones Internacionales pueden optar por el estudio de una determinada unidad o actor del mundo político (por ejemplo "la política extranjera de Ghana") o por el de un sistema internacional o de una sociedad de la que esa individualidad forme parte, susceptible de ser tratada como un todo ("el sistema bipolar", "la guerra fría") o como una región particular ("política internacional en el Medio Oriente") o como un tema particular ("aspectos estratégicos de Política Internacional", "Las Naciones Unidas"). Nadie podrá objetar que las Relaciones Internacionales deban ser tratadas sólo en una u otra forma. Existe, sin embargo, cierta tensión, como en todo aquello en que el interés y la idoneidad residen en el estudio en profundidad de un país o grupo de países, y que concierne principalmente al sistema político internacional o a alguna región o aspecto de ella en particular. En esta controversia hay fuertes argumentos en favor de cada una de las partes, a los que debe dárseles todo su valor.

El partidario de la vía de los "estudios nacionales" tiene fundadas razones para sentirse escéptico hacia todo trabajo que no esté basado en un profundo conocimiento de los países en particular. En primer lugar puede objetar lo que se ha dado en llamar "la teoría de la bola de billar de las Relaciones Internacionales", es decir, la tendencia de algunos teóricos a considerar que todos los estados actores de la política mundial son idénticos, o más exactamente, que sólo difieren en tamaño y posición y en ningún otro aspecto. La teoría del orden político de Morgenthau, por ejemplo, que considera a todos los estados como persiguiendo la misma meta ("el interés nacional definido como poder") y obedeciendo a las mismas leyes, apoya esta interpretación. Evidentemente, cada país difiere de otro. Si deseamos informarnos sobre la política exterior del Japón debemos conocer el Japón y no bastaría con sacar conclusiones de una teoría general del comportamiento de las potencias o grandes potencias.

En segundo lugar, los adeptos a los Estudios Nacionales hacen notar que la política exterior de un país está necesariamente ligada a su política interna. Los intereses u objetivos de la política exterior de una nación no son estables y permanentes, sino que van variando con lo que van advirtiendo los grupos gobernantes en cada momento, y la preocupación principal de estos grupos no es la política exterior sino la preservación de su posición interna; su línea política externa por lo tanto, sólo puede entenderse en función a sus compromisos y a las estrategias de su lucha política interna.

Un reciente perfeccionamiento de esta posición es el “modelo burocrático político” de Graham Allison y Morton Halperin, que reemplaza lo que llamamos el “modelo unitario dirigido” de la política exterior de un país¹⁸, significando con esto la tendencia en algunas discusiones sobre Relaciones Internacionales a hablar como si dentro de cada país existiera un solo punto de vista sobre política exterior y como si ésta consistiera simplemente en el progresivo despliegue de algunos planes y propósitos. Se recuerda por ejemplo, los vanos debates que se realizaron en Australia sobre si China es o no “agresiva”. Allison y Halperin reflejan en sus trabajos la desilusión que puede sufrir un estudiante académico de problemas de política exterior como resultado de la fascinación que sienta por el gobierno, y están particularmente dirigidos a demostrar la forma en que la política exterior está plasmada por la casual interacción de grupos y personalidades dentro de una burocracia. Hago ciertas reservas sobre esta vía de Allison y Halperin. Pienso, por ejemplo, que el “modelo unitario y dirigido” es algo así como un hombre títere, y que las manifestaciones que atribuyen individualidad y objetivos a largo plazo a un estado (“Rusia aspirando a tener puertos de aguas cálidas”, “Australia buscando seguridad contra Asia”) pueden ser esenciales a la discusión en Relaciones Internacionales y no están necesariamente en contradicción con la evidencia de que la política de ese estado deriva de la “política burocrática”, puesto que se refieren a un diferente nivel de análisis. Es indudable, sin embargo, que Allison y Halperin están arando en un campo muy importante.

Un tercer punto que los especialistas de estudios nacionales deberían tener en cuenta es el peligro que existe en fundar las interpretaciones o predicciones del comportamiento de la política exterior de un país sobre extrapolaciones de lo que se considera ser “acción racional” de ese país, más que sobre la evidencia histórica actual de su política. Tales extrapolaciones de “acción racional” figuran en lugar prominente en las discusiones habituales de asuntos internacionales por la buena razón de que es muy difícil tener la rigurosa certeza de las intenciones políticas de un país, máxime en el caso de las sociedades “cerradas” como la Unión Soviética o China.

He señalado a menudo los peligros de confiar en las extrapolaciones de la “acción racional” para explicar e interpretar la conducta estratégica de los estados. Hace algún tiempo me dediqué a analizar el hecho de que bajo la teoría estratégica contemporánea yacía la noción del Hombre Estratégico, comparable al Hombre Económico de la Economía clásica, que aunque da lugar a muchas abstraccio-

¹⁸Ver Graham T. Allison: *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*, Boston, 1971. Hago referencia a un trabajo inédito de Allison y Halperin.

nes teóricas, entraña también muchos riesgos¹⁴. He criticado también las teorías de Schelling sobre fuerza y trato, que son primaria y conscientemente una extrapolación de la "acción racional estratégica" en el sentido de que propenden a sembrar confusión con las descripciones de situaciones y disposiciones políticas actuales¹⁵. No existe, naturalmente, algo como una acción racional en un sentido objetivo (en el sentido, por ejemplo, en que los filósofos del siglo XVIII hacían una distinción entre "razón" y "pasión"). La "acción racional" es sencillamente a) internamente coherente y b) compatible con los fines. La concepción del estratega de la "acción estratégica racional" deriva simplemente de su criterio sobre lo que habitualmente u ordinariamente se ha hecho, y cuando esto lo aplica a un país del que no tiene un particular conocimiento, puede llevarle a cometer un error fatal. Un caso reciente, ocurrido a mediados de la década del 60, fue la equivocada interpretación que se dio a la política soviética antibalística de misiles, aplicando a la Unión Soviética una noción de "acción estratégica racional" extraída de la experiencia americana.

Por otra parte, hay que señalar que el estudio en profundidad de un país en particular, es en sí mismo una vía de acceso totalmente inadecuada en Relaciones Internacionales, y por ende, una vía inadecuada para el estudio de la política exterior y aun de la política interna de un país. El objeto de las Relaciones Internacionales no son los países sino sus mutuas interacciones, y abarcar la historia y la lógica de esas interacciones es una severa labor intelectual. Nadie puede pensar que sea posible conocer en profundidad la política de muchos países, pero ésta no debe ser una razón para eludir la tarea. Nadie puede pensar que sea posible conocer la política de un determinado país aislándola del medio que la circunda. La política de Burma deberá ser estudiada a la luz de las teorías de la política comparada o de la sociología política. También deberá ser estudiada a la luz de los efectos que causa el sistema político internacional sobre Burma, pues como señala James N. Rosenau en su fatigante trabajo *Linkage Politics*, la política nacional y la internacional chocan sistemáticamente la una contra la otra¹⁶. Por otra parte la política de Burma o de cualquier otro país, debe ser estudiada en unión no sólo de la política comparada y de la política internacional sino también de los trabajos del sistema político global, a los que ya me he referido, y de los que el sistema internacional es sólo parte. Las vías de acceso por los "Estudios Nacionales" y por el "Sistema Inter-

¹⁴*The Control of the Arms Race*, Londres, 1961, p. 68.

¹⁵En una revisión de *Arms and Influence*, *Bulletin of the Atomic Scientists*, marzo de 1967.

¹⁶James N. Rosenau, *Linkage Politics: Essays on the Convergence of National and International Systems*, The Free Press, Nueva York, 1969.

nacional” han sido ya trascendidas por lo que he llamado estudio de la Política Mundial.

d) *Confinamiento versus separación*

Está muy en boga decir en Occidente (como ha sucedido siempre con las doctrinas ortodoxas en muchas partes del mundo) que los estudiantes universitarios de política están políticamente comprometidos. Considero esto como una amenaza al desarrollo, por lo menos en potencia, y quisiera defender una actitud de objetividad política o de separación como algo que pueda llegar a alcanzarse, o al menos como meta de nuestros esfuerzos. Pero es una cuestión muy compleja que no puedo tratar en justicia en pocas palabras.

No hay en Relaciones Internacionales ni en ningún asunto social nada que se parezca a investigación de “libre valor”. Lo más que se puede esperar es llegar a conocer algunas premisas morales y políticas, formular explícitamente las conclusiones que se puedan deducir y —sobre todo— adoptar una posición crítica y tratar la investigación de esas premisas morales y políticas como parte del tema. Nadie podría considerar la existencia de premisas de valor en el trabajo de las ciencias sociales como una desgracia y distorsionada intrusión que a no ser por nuestras humanas limitaciones excluiríamos totalmente (de la misma manera que en las conferencias internacionales de historiadores se prometía muchas veces desterrarlas de los libros de texto). Gran parte de los debates universitarios sobre política versan directa o indirectamente sobre temas políticos, pero no es posible intervenir en ellos por su falta de valores y la adopción de posiciones políticas que de ellos se derivan¹⁷. Un ser sobrenatural que fuera capaz de excluir los criterios de valor de sus manifestaciones políticas sencillamente no podría opinar sobre gran parte de los problemas que ocupan a los estudiantes académicos de la materia.

Hay que reconocer también que las declaraciones (y los silencios) de los estudiantes académicos de ciencias políticas tienen muchas consecuencias prácticas, hayan sido intencionales o no. La relación del estudiante con el tema no es sólo de sujeto a objeto sino de causa a efecto. Una de las dificultades de la actitud de independencia política que deseo defender es que no convierte a quien la adopta en un no-participante de la vida política ni lo absuelve de responsabilidad por las consecuencias prácticas de su actuación o inacción.

¹⁷Es verdad que se puede tomar parte en debates políticos limitándose a la fórmula de “Si A, luego B”, sin por ello apoyar a A como política ni a B como objetivo. Pero en la práctica la distinción entre apoyar un objetivo y llegar a demostrarlo es capaz de desesperarnos.

La fidelidad del académico a la tradición de la investigación libre constituye hasta cierto punto "trahison des clercs". Cada uno tiene su personal opinión sobre el momento en que esto sucede y el papel del investigador no puede ser más que uno de los tantos papeles que cualquier persona puede desempeñar.

Tampoco deseo objetar que el compromiso, en el sentido de firme creencia en una meta política y moral, juntamente con la voluntad de trabajar por ella y admitir que se refleje en el trabajo universitario, sea incompatible con la investigación erudita en este campo. Pero a pesar de esto se puede ser un crítico imparcial de las premisas morales y políticas y hasta ser capaz de sacar conclusiones y actuar de acuerdo a ellas. Aun se podría agregar que en algunos casos el violento enclaustramiento de una de las partes del conflicto proporciona un mejor conocimiento de la parte contraria, que en otra forma no se hubiera logrado, como por ejemplo la visión que tuvo Burke de la Revolución Francesa o la que de Burke tuvo Tom Paine.

Pero el compromiso político amenaza la investigación académica cuando obstruye las premisas políticas y morales en las que el investigador ha confiado al limitar sus trabajos dentro de un sistema prefijado, y cuando los fines prácticos de ejecución moral y política rechazan los valores académicos o intelectuales y la erudición es reemplazada por la propaganda o la polémica. Son fáciles de reconocer los valores eruditos que han sido subordinados a los de orden político, pero no lo son tanto cuando son observados, aun con gran rigor intelectual, pero dentro de un armazón moral y político sin examen. Esta ha sido la norma de gran parte de los estudios americanos en Relaciones Internacionales durante los últimos veinte años. Uno de los acontecimientos más promisorios en este estudio es el redescubrimiento de valores por la fraternidad de ciencia política americana y otro la declinación de la hegemonía americana en el estudio de las Relaciones Internacionales como centro importante de desarrollo en otros continentes. Esto no significa que los no americanos arrojen piedras contra los estudios americanos de Relaciones Internacionales sin los cuales el aspecto teórico o sistemático no hubiera podido prosperar, pero la dedicación, el profesionalismo, los enormes recursos, el gran número de individuos y en muchos casos la excelencia técnica que los americanos han aportado, ha traído aparejada una asfixia intelectual y un conformismo político tan evidente en las nuevas ortodoxias radicales como en las antiguas conservadoras, de la que urge sean liberadas.

PAUTAS

Concluiré dando algunas normas sobre el papel que concierne al especialista en Relaciones Internacionales en la vida universitaria y en su extensión en la sociedad:

a) El test de una contribución universitaria a las Relaciones Internacionales deberá tener profundidad histórica o teórica. Un trabajo universitario que consista solamente en un detalle o informe de los asuntos internacionales, en un comentario ad hoc o en una polémica política no llenará los requisitos de ese test.

b) Las Relaciones Internacionales no son un estudio de los asuntos internacionales del día ni tienen por fin proveer a la comunidad de un servicio informativo de tales asuntos, tarea que concierne a los periodistas —que lo hacen mucho mejor—. El especialista en Relaciones Internacionales no tiene más motivos de preocuparse por esos aspectos corrientes que cualquier otro político, economista o sociólogo. Comentar los asuntos internacionales es una actividad natural y legítima, pero está fuera del ámbito del plan de estudios. Desde el punto de vista del estudio universitario periodístico de las Relaciones Internacionales (que una vez E. M. Forster denominó *habilidad*) es una abdicación de la responsabilidad.

c) El especialista en Relaciones Internacionales en las democracias occidentales no debería estar al servicio ni ser agente de su gobierno. No es posible plegarse a la disparatada afirmación de que los gobiernos siempre están errados o a la de que todo lo que esté en contacto con ellos esté contaminado. Son indispensables ambas partes para que haya intercambio de ideas y una crítica mutua entre el oficialismo y los académicos en el campo de la política exterior y defensa, exactamente como en el de economía política, educación política, salud pública o planeamiento urbano. Pero la investigación en Relaciones Internacionales es una actividad diferente del funcionamiento de la política exterior de un país y necesariamente choca con ella. Como dice Chomsky, el académico tiene la responsabilidad de “decir la verdad y desenmascarar la mentira”¹⁸. Quienes dependan del gobierno tienen igualmente a veces la grave responsabilidad de no hacerlo. Los especialistas en Relaciones Internacionales en la

¹⁸Noam Chomsky: *American Power and the New Mandarins*, Vintage Books, 1967, p. 325.

universidad y en el gobierno deberían comunicarse sin perder su personalidad. Una relación demasiado distante deteriorará el criterio de ambos. Una relación demasiado estrecha reproduciría la situación de los Estados Unidos durante la administración Kennedy, en que los universitarios tendían a fomentar las preocupaciones de los autores de decisiones y los funcionarios se convertían en fracasados profesores. Solamente si los estudiantes de Relaciones Internacionales son auténticos podrán contribuir en algo a la discusión de los problemas de política exterior.

d) El "confinamiento" de especialistas universitarios de Relaciones Internacionales no se debería a ninguna causa política sino a la "separación", es decir, a un riguroso e indiscriminado escepticismo cuyo real fundamento es el nihilismo político. Para una justificación moral de las Relaciones Internacionales no es necesario ir más allá de la investigación misma, que tiene su propia moralidad y descubre la validez de todas las causas políticas, buenas y malas.

e) Lo más importante es mantener la integridad intelectual del tema. Pero dada la naturaleza polémica de las Relaciones Internacionales y la falta de acuerdo en normas y demandas de cada parte, pienso que esta tarea es también la más difícil.